

## ORTEGA Y GASSET Y EUROPA COMO PROYECTO ESPIRITUAL

ZAMORA BONILLA, Javier: *Ortega y Gasset: Un pensatore per l'Europa*, edición de G. Bentivegna y C. Giarratana, traducción italiana de T. D'Urso y B. Melito. Catania: Edizioni Bonanno, 2024, 163 pp.

LUCIA MARIA GRAZIA PARENTE  
ORCID: 0000-0003-1372-2232

En el panorama contemporáneo, las monografías dedicadas al pensamiento de un autor suelen seguir el desarrollo de un concepto a lo largo de sus obras principales, ofreciendo herramientas útiles para comprender su evolución temática. Sin embargo, no es raro que la interpretación se vea condicionada por la imagen que el estudioso ha trazado del autor, lo que puede llegar a limitar o distorsionar el carácter innovador de sus teorías. En tales casos, el enfoque crítico tiende a resaltar más el perfil hermenéutico concebido por el investigador que a realizar un análisis objetivo y profundo de los textos.

Distanciándose de ese estilo de investigación, el volumen *Ortega y Gasset: Un pensador para Europa*, de Javier Zamora Bonilla –publicado en Italia en la traducción de Tiziana D'Urso y Bianca Melito, como “esordio editoriale” (p. 7)– representa un ejemplo de reflexión que aspira a superar esa limitación metodológica. El autor adopta una estrategia de investigación por la cual la obra de Ortega no se presenta como un simple pretexto interpretativo, sino como el núcleo palpitante de una investigación estructurada y multidimensional.

El texto se propone iluminar las raíces teóricas y las consecuencias políticas de la filosofía orteguiana, sin perder de vista el contexto histórico de la crisis institucional que la vio surgir.

Javier Zamora Bonilla es actualmente profesor titular de Historia del Pensamiento Político en la Universidad Complutense de Madrid. Su producción académica incluye una biografía sobre José Ortega y Gasset,

### Cómo citar este artículo:

Grazia Parente, L. M. (2025). Ortega y Gasset y Europa como proyecto espiritual. Reseña de “Ortega y Gasset: Un pensatore per l'Europa”, de Javier Zamora Bonilla. *Revista de Estudios Ortegaianos*, (51), 213-217.  
<https://doi.org/10.63487/reo.251>



Este contenido se publica bajo licencia Creative Commons Reconocimiento - Licencia no comercial - Sin obra derivada. Licencia internacional CC BY-NC-ND 4.0

Revista de  
Estudios Ortegaianos  
Nº 51. 2025  
noviembre-abril

considerada como un texto de referencia, numerosos ensayos críticos y varias ediciones de las obras del filósofo. Resulta especialmente notable su labor como director del Centro de Estudios Orteguianos de la Fundación José Ortega y Gasset – Gregorio Marañón entre 2007 y 2018, experiencia que le brindó acceso privilegiado al archivo original del pensador, permitiéndole explorar fuentes primarias (correspondencia, apuntes, materiales inéditos) que permiten sustentar completamente sus interpretaciones. Esta familiaridad con las fuentes se refleja en el rigor documental del libro, articulado a partir de un preciso enfoque histórico-político, que privilegia el vínculo entre texto filosófico y contexto biográfico.

Se trata, por lo tanto, de un enfoque doble: por un lado, analiza la genealogía de las ideas y las motivaciones personales de Ortega; por otro, establece conexiones con cuestiones políticas y sociales que resuenan tanto en las crisis europeas de su tiempo como –de forma significativa– en el presente. Esta doble perspectiva interpretativa queda en sintonía con el proyecto científico delineado por el autor, que pretende reconocer la obra orteguiana como herramienta de reflexión política, capaz de dialogar con las crisis contemporáneas y de ofrecer fundamentos conceptuales para un renovado proyecto cultural compartido.

El volumen se presenta, así, como un puente entre la reconstrucción histórica y el discurso político-teórico, trazando un análisis sistemático centrado en la relación entre pensamiento y acción, dignidad individual y responsabilidad

colectiva. El núcleo de este enfoque reside en el rechazo de una hermenéutica celebrativa o reduccionista: la intención es construir una lectura que contemple unidad y discontinuidad, continuidad y rupturas, acción y reflexión, sin sacrificar el rigor histórico en favor de la modernidad de las conclusiones. Por ello, la obra no se limita a enumerar etapas biográficas, sino que investiga la relación entre experiencia histórica concreta y elaboración teórica profunda.

Toda la investigación está guiada por un paradigma interpretativo de gran coherencia: la filosofía orteguiana no es un refugio frente a las cuestiones urgentes, sino una respuesta pensada que integra la noción de vida (razón vital), la dimensión histórica y una voluntad transformadora.

Esta tensión aproxima su concepción a la de la filosofía pública postulada por Hannah Arendt, según la cual el pensamiento auténtico no puede cultivarse fuera de la *polis*, sino que vive dentro de la responsabilidad y de la acción. Ortega comparte esta perspectiva: concibe al intelectual como figura pública, no al servicio de élites autorreferenciales, sino de la conciencia cívica y del logro colectivo históricamente situado. En un momento en el que las crisis culturales e identitarias empujan al repliegue, Ortega anticipa preocupaciones que Arendt desarrollará en sus análisis sobre la masa y el totalitarismo, así como en sus estudios sobre el desarraigo psicológico y político del hombre contemporáneo.

El texto de Zamora Bonilla aparece, sin retórica, como un entretejido de textos, contexto y opciones políticas/

democráticas: no hay una separación entre lo histórico y lo normativo, sino un hilo continuo que recorre el pensamiento de Ortega como una trama lineal entre filosofía, historia y política. Este hilo se hace especialmente visible en el segundo capítulo (pp. 31-57), dedicado a la transición del compromiso político juvenil a la madurez teórica, en el que Ortega identifica al intelectual como un “mediador” entre colectividad y poder, y por esto como una figura capaz de ejercer la “política alta”. En este pasaje resuena con fuerza el vínculo con el concepto de esfera pública de Habermas, donde la intelectualidad madura actúa como catalizadora cultural e impulsora del debate democrático: no simplemente como difusora de conocimiento, sino como generadora de conciencia y legitimidad.

Habermas teorizó una esfera pública en la que la discusión racional y el intercambio entre ciudadanos informados constituyen el fundamento de la democracia; Ortega –aunque de forma breve y dispersa– anticipa esta idea en términos espirituales, vinculando el discurso público con una cultura del *ethos*, con una racionalidad encarnada y con la responsabilidad histórica.

Aquí, el intelectual no es un mero productor de teorías abstractas, sino un cultivador de pensamiento crítico, de conciencia compartida y de la palabra como herramienta de elaboración social, frente a la tentación de una decisión instrumental ajena a la historia colectiva.

En esta línea, la crítica de Ortega a la “política de bajo perfil”, recordada más veces en el texto, constituye un

análisis penetrante con respecto a la perversión de la esfera pública: un poder atrapado en el tacticismo y en la retórica autopromocional, al servicio de intereses coyunturales. Frente a ello, Ortega propone una política elevada, basada en valores y con visión histórica. Esta distinción entre política alta y baja encarna una lógica afín a la que Hannah Arendt explora entre acción y conformismo, pensamiento y obediencia, palabra y violencia, tratando de encontrar en la calidad del discurso la única garantía frente a la degeneración institucional.

Ortega desarrolla asimismo una reflexión sobre la comunidad (*polis*) y la nacionalidad, retomando la enseñanza del mundo grecorromano. No se trata de un retorno nostálgico, sino de recuperar el valor compartido de la convivencia civil, que –aunque reconoce diferencias– aspira a construir un proyecto político generador de sentido. A partir de aquí emerge con fuerza la intuición de una pluralidad que se convierte en condición de unidad: una concepción espiritual (no burocrática) supranacional, que anticipa la moderna integración europea. Para Ortega, la identidad nacional concreta no anula la participación en un proyecto europeo más amplio, sino que la enriquece, aportando raíces vitales a una unión fundamentada en la solidaridad cultural, la memoria compartida y la conciencia histórica.

Entre 1918 y 1919, Ortega concibió un proyecto reformista para el Estado español basado en la libertad de conciencia, la secularización (y la revisión del papel del clero), los derechos

civiles y una organización federal. Estas propuestas, analizadas cuidadosamente por Zamora Bonilla, resultan hoy sorprendentemente significativas y renovables: la dimensión participativa, la equidad entre clases en el espacio público, y la regeneración del vínculo entre ciudadanía e instituciones configuran un discurso que trasciende el mero parlamentarismo y apunta hacia una democracia formativa, donde derechos y responsabilidades se inscriben en la práctica cotidiana.

La reflexión se expande en el quinto capítulo, donde la razón histórica se convierte en una categoría clave para concebir Europa como proyecto compartido, capaz de erigir memoria y pluralidad como pilares constitutivos. En ese contexto, el eco de la "Generación del 98" sitúa el volumen de Zamora Bonilla dentro de una tradición intelectual que busca renovar la promesa europea abriendo espacios de diálogo entre cultura, política y ciudadanía. Es significativo que Ortega identifique a esa generación como interlocutora ante la crisis, capaz de traducir la caída de los imperios y la crisis del Estado-nación en un impulso hacia una nueva refundación espiritual del continente.

El texto profundiza también en la figura del *hombre masa*, no como clase social determinada, sino como mentalidad conformista y despersonalización media (pp. 130-132). Ortega, al igual que Arendt, reconoce el riesgo totalitario y la banalidad del mal como ligados a la mediocridad anónima y a la pérdida del sentido histórico. Mientras que Arendt vincula la masa con la obediencia incondicional y el conformismo

ideológico, Ortega señala otro peligro: la eliminación de las excelencias individuales y del pensamiento crítico por efecto de la homogeneización cultural y estructural. En un mundo dominado por la tecnología y la cultura de masas, esto no representa tanto un totalitarismo político como un totalitarismo del consumo, de la indiferencia y de la superficialidad. En sociedades avanzadas, el hombre masa, desprovisto de una ética de autoría y conciencia, puede volverse un agregado funcional a poderes impersonales. En este contexto, el intelectual encargado de reactivar la capacidad de pensamiento crítico surge como figura central, testigo del vínculo entre pensamiento y responsabilidad pública.

Aquí cobra pleno sentido la propuesta orteguiana de una *aristocracia del espíritu*: no una oligarquía elitista, sino una idea de formación difusa, responsabilidad cultural y presencia cívica. En ella resuena también la concepción de Habermas acerca de una intelectualidad pública capaz de generar las condiciones cognitivas y morales necesarias para una democracia que no renuncie a la complejidad, la pluralidad y la discusión racional. Ortega defiende asimismo la necesidad de exigir no solo gobernantes, sino espíritus formados, capaces de dialogar y orientar, ofreciendo un liderazgo cultural que aspire a la cohesión y sostenibilidad ética de Europa.

Al delinear esta figura, Zamora Bonilla mantiene el rigor histórico-filosófico, evitando todo desvío retórico o apologético. El volumen demuestra que el pensamiento europeo de Ortega no

es un vestigio del pasado, sino la columna vertebral de su filosofía: su concepción de la razón histórica constituye la lógica interna que enlaza antropología, política y visión europea. No sorprende, entonces, que Zamora Bonilla la vincule a un modelo de renovación espiritual del continente, fundado en un liderazgo colectivo (p. 142), capaz de preservar la soberanía de la cultura pública y la dignidad del pensamiento colectivo, evitando derivas elitistas, pero subrayando la necesidad de una clase dirigente culta, dialogante y responsable, hoy dramáticamente ausente.

Centrado en el vínculo entre historia, subjetividad y comunidad, el análisis de Zamora Bonilla lleva a sus últimas consecuencias la idea de que el proyecto europeo no puede limitarse a la convergencia económica o burocrática: debe ser un proyecto moral y espiritual, sostenido por la cultura pública, la responsabilidad cívica y la profunda conciencia histórica (pp. 119-145). Desde este punto de vista, su enfoque anticipa las cuestiones críticas levantadas por Habermas en su reciente y urgente llamado a renovar la democracia y la ciudadanía multinivel en Europa –sin las cuales la Unión corre el riesgo de disolverse en un cálculo carente de sentido histórico.

El texto de Zamora Bonilla se configura, así, no solo como una monografía histórico-conceptual, sino también como una invitación a interpretar la democracia –hoy más necesaria que

nunca– desde una perspectiva capaz de combinar la praxis del pensamiento, la formación de la conciencia cívica y la búsqueda de un proyecto colectivo con sentido. Si bien se aproxima a la metodología narrativa adoptada por Ortega, Zamora Bonilla se distancia de una narración idealizada y señala con precisión el rumbo de una intelectualidad regenerada: no una magistratura intelectual, sino un estímulo para la formación, la reflexión, el debate y la acción cívica. Cabe destacar que el libro evita tanto la hagiografía como la mera repetición del canon orteguiano, y propone una lectura crítica, política y filosóficamente comprometida.

Frente a la crisis de la representación, al populismo, a la dispersión ideológica y la degradación de los espacios públicos, se propone la vuelta a Ortega y Gasset: un pensador para Europa que adquiere valor de brújula interpretativa y política, y es, por esto, un texto que puede iluminar los caminos que hay que emprender para reencontrar la idea de Europa, no como mero conglomerado económico o burocrático, sino como comunidad cultural y proyecto ético.

Finalmente, la edición en italiano de este texto ofrece una oportunidad valiosa para el debate intelectual europeo, acercando la figura de Ortega y su legado a un público más amplio, y contribuyendo a renovar el diálogo intercultural y la cooperación académica en un momento crucial.